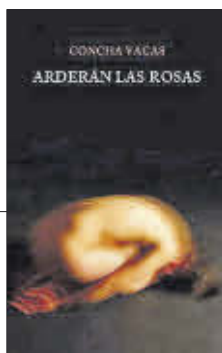


### Arderán las rosas

Concha Vacas

Disidencias  
70 páginas, 10 euros



## El fuego de la pasión

La poeta Concha Vacas nos zarandea con el pasional poemario *Arderán las rosas*

Podríamos afirmar que toda poesía es un canto a la vida, también las elegías, porque no dejan de ser, a pesar del dolor, reminiscencias de lo que nos dio la vida con esa persona que añoramos. No hay más, es así de sencillo. Luego, evidentemente, entra la forma y el fondo de abordar los temas o las obsesiones de cada uno. Lo he indicado muchas veces, pero lo vuelvo a decir, el amor es el que mueve el mundo y la poesía es realmente todo el universo. Porque la poética es el amor y el amor es la poética, son como vasos comunicantes que se retroalimentan.



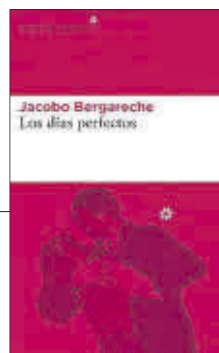
Concha Vacas

*Arderán las rosas*, de Concha Vacas, publicado por la editorial Disidencias, es un verdadero ejercicio de la poética del amor. En la contraportada se menciona el desamor, pero es la otra cara de la misma moneda. El amor y el desamor son la misma cosa, tan solo cambia el estadio del sentimiento, como cuando un cubito de hielo se deshace y se convierte en agua. Esta obra arranca con un poema titulado *Mis manos* que es toda una declaración de intenciones de lo que va a venir: «Mientras el mundo avanza frenético y en vano, / mis manos te desnudan. / Lo nuestro son batallas de plumas y de besos. / Y cuido tus heridas como un bálsamo / y velo tu silencio cuando duermes. // Has logrado que ya no tema a nada, / que en tus brazos me sienta / la reina de este mundo, / aunque todo se acabe cualquier día / y se quede desierta tu almohada». Vacas nos habla de un amor que ya tiene las heridas del pasado, pero que no ha perdido la pasión. Eso es lo más importante.

Concha despliega sensualidad en todos los poemas. Es capaz de capturar un instante con sus palabras, como una fotógrafa que espera el momento para disparar su cámara. Porque su poesía está hecha de momentos, como nos muestra en el poema titulado *Jugando a no tocar*: «Jugando a no tocar, / se comían las miradas. / Sentada al filo de la silla, / mi zapato de punta subía lentamente / por tu inocente pierna. / Nos miramos de nuevo / y el mundo detenía su loca maquinaria. / Cómplice y turbado, sentado frente a mí, / dejaba que mi pie, ya desnudo, / trepara con tu piel como un felino». Este es un claro ejemplo de la sensualidad que desbordan los poemas de esta autora, primeriza en publicación pero no en escritura. Sus versos denotan trabajo, experiencia y un bagaje de lecturas a sus espaldas. Porque el oficio se cultiva, no solo es inspiración lo que mueve al poeta.

Podría indicar que me ha sorprendido la poética de Concha. Estamos ante una voz clara, sin demasiadas florituras y, como he dicho antes, que retrata muy bien las situaciones que dota el amor y la pasión. Porque la poética de Vacas no es una voz derrotada, ya sin vida, al contrario, otorga a la poesía una fuerza y un ímpetu extraordinarios. Estamos ante una poeta en ciernes, con una voz propia y un discurso que nos atrapa y zarandea. Cierra Concha el libro con un poema que es una muestra de aquello que hemos indicado, como el canto a algo que tiene su fin, como toda rosa que cree que se marchita, pero vive a pesar de todo. Ese poema, titulado *Amarás las rosas*, realmente yo lo veo una continuación de algo que tiene que venir: «Amarás mi pena y sus raíces / al borde de la noche y su tristeza. / Sentirás la cólera del cielo / que te turba y te desvela hasta la madrugada. / Marchitas las rosas del amor, / rozarán nuestro fracaso las velas abatidas / como un ceremonial de pájaros oscuros / girando con la luna. // Hallarás la certeza de que todo ha pasado: / mis muslos encendidos no serán otra cosa / que memoria, canción de soledad sonando / para siempre en tu destino».

EDUARDO  
BOIX



### Los días perfectos

Jacobo Bergareche

Libros del Asteroide  
184 páginas, 18 euros

## Miedo a la finitud

El anhelo y la consumación de la felicidad en *Los días perfectos*, de Jacobo Bergareche



JOSÉ JOAQUÍN  
MARTÍNEZ EGIDO

### Leemos

Que en la misma novela se den cita Rocío Jurado y William Faulkner con frases míticas de ambos, como son «Se nos rompió el amor de tanto usarlo» y «Entre la pena y la nada, elijo la pena» (p.29), respectivamente (por si hay alguien despistado), nos da una idea de cuál puede ser tanto la temática que desarrolle, como el estilo que va a emplear. Con *Los días perfectos* (Libros del Asteroide, 2021) de Jacobo Bergareche, viviremos la historia del tedio de un matrimonio burgués en el Madrid de hace casi una década en donde la voluntad literaria del autor hará que esa historia, tan manida, cobre una perspectiva diferente: «Qué razonable sería sustituir en las bodas la palabra muerte por la palabra tedio» (p.116). El tópico de que todo está contado ya, y de que lo importante está en el cómo se cuenta, se reaviva brillantemente en esta novela.

Que los libros se elijan por la portada o por el color es algo que poca gente reconocerá, pero, en mi caso, no tengo ambages en decir que, en este caso, lo elegí por su poco peso, ya que lo quería para un largo fin de semana de viaje y, además porque me encontré a Manoli en la biblioteca pública devolviéndolo y, ante mi pregunta de si estaba bien, ella me dijo que le había gustado. Por tanto, sin entrar de nuevo en la estantería pública, apareció en mi bolsa de viaje.

Así que ya me tienes, en los ratos de descanso, leyendo esta historia contada en primera persona por Carlos, un periodista, casado apaciblemente con Paula, que escribe dos largas cartas, que configuran toda la novela. La primera dirigida a Camila, su amante discontinua mejicana (solo pasan juntos tres días al año en Austin en un congreso), al cortar ella la relación mediante un mensaje; un san-

tanderino y una chilanga en la capital de Texas (p.89) viviendo lo que él considera días perfectos. Y aparece ese momento de contemplación de su propia existencia, en ese junio de 2019. La primera carta la escribe en esos tres días él solo en Austin, en la que cuenta el cómo y el porqué de esa relación. Para ello, como argucia literaria, contará con el apoyo de la correspondencia hallada, por casualidad, en el Harry Ransom Center, depósito de alta cultura (pp.23-24), mientras buscaba documentación para uno de sus trabajos periodísticos. Esas cartas contienen la relación mantenida entre el infiel Faulkner (curiosamente el autor es el preferido de su mujer –y al que con esta lectura a uno le entran ganas de volver a leer–) y Meta, su amante, durante treinta años, manifestando todas las fases del amor. Para su propia historia se amparará a su vez en el recurso de las viñetas, es decir, realizar una especie de reportaje gráfico con once viñetas y contar lo que en ellas ocurre con todo tipo de detalles, ambientes, emociones y sentimientos y con banda sonora por las referencias que realiza a diferentes canciones.

La segunda carta la dirige a su mujer y la escribe en Nueva York en el compás de espera que supone el cambio de avión hacia Madrid. En ella le transmite todo el tedio de su matrimonio, desde el sexo mecánico, hasta el aburrimiento hacia cualquier cosa. En cierta medida, para él, viene a ser el aceptar el desamor y justificar así su adulterio sin confesarlo, mediante una literaturización de lo lógico y habitual en ese tipo de situaciones. Y vuelve al tema del día perfecto con una ejemplificación de uno vivido con Paula, así como con el deseo y la descripción de otro que él le propone, sabiendo que, más que el hecho de que aparezcan o que tengan algo especial, está en la actitud de cómo se vive, imprescindible para un día perfecto.

Y ¿por qué deberíais de leer esta novela? Porque es un libro que trata sobre el final de las cosas, sobre el miedo a la finitud (p.16) en cualquier edad; porque todo está contado con clara voluntad literaria, contrastada con la cotidianeidad que nos vence y el humor empleado; porque es una novela de vida en la que el concepto del «día perfecto» es algo que todos hemos experimentado y que deseamos que aparezca para poder seguir construyendo nuestra propia felicidad. Aquellos cuatro días de agosto en Girona, fueron cuatro días perfectos.